

LADISLAO GRYCH

¡DICHOSOS SON USTEDES! ⁽²³⁾

Es un tiempo muy denso, de una lucha interior, pensando en la obra del Señor en un mundo que suele ser adverso.

Si estamos en el Proyecto del Señor, nos tocan de cerca, las luchas y la paz, la seguridad y el cuestionamiento, el miedo y la confianza, el llanto y la felicidad; y al estar en medio del mundo, muchas de sus vivencias se nos pegan; por eso, nos duele, nos confundimos; sin embargo, hasta en eso, el Señor obra por un bien que está por llegar.

Agradezco al Señor por este tiempo y por su gracia que experimento íntimamente, en medio del sufrimiento, de la pobreza y del destierro.

¿A quién servirían mis reflexiones?

INTRODUCCIÓN

"Dichosos ustedes cuando por causa mía los maldigan, los persigan y les levanten toda clase de calumnias. Alégrense y muéstrense contentos, porque será grande la recompensa que recibirán en el cielo. Pues bien saben que así trataban a los profetas que hubo antes que ustedes". Mt 5,11-12

Me detengo ante la Palabra de Jesús; parece como si su obra necesitase de esa clase de actitudes, de insultos, de calumnias y persecuciones, como si de otra manera, no hubiese podido entrar en el mundo.

¿Quién lo comprendería?; no lo sé, pues en algún momento, aún en el espíritu sentimos el rechazo y los enfrentamientos; son como los anuncios del Evangelio que nos llega.

Antes, nos ilusionábamos con algunos cambios, pero no eran ésos que Jesús esperaba.

En nuestro tiempo, se nos hace difícil ver el enfrentamiento; hay motivos para que sea así; quizás, el cristianismo no está tan fresco, y no entra en la vida como debería hacerlo, pero tampoco molesta. El cristianismo ya no despierta tan fuertes reacciones; sería como esa sal que sirve poco.

Y no es que debiésemos esperar las reacciones, y tan sólo por esperarlas, pues el enfrentamiento tiene su propia lógica: hay vivencias que deben enfrentarse, mientras Jesús siembra en la vida del hombre y de la sociedad.

No es sólo esta clase de enfrentamientos que ya nacen en el corazón perturbado y perdido, el que vive su guerra por su propia realidad; es justamente, la guerra que viene porque la vida se encuentra con Jesús; es Él que, al entrar, provoca los conflictos que habría que ir asumiendo en paz, y no es fácil lograrlo; sin embargo, si el Señor obra, nos lleva lejos hasta lo que parece imposible para nosotros.

El corazón que vence las guerras en el espíritu, comprende las actitudes y reacciones de los que están en nuestro camino; es que la gracia del Señor que pasa por la vida es tan fuerte que, con tan sólo caminar en medio del mundo, promovemos a los hombres en su interior.

He reflexionado sobre ese aspecto de la gracia, mientras aún enfrentamos la realidad del mundo; si bien, buscamos paz, entramos en el camino de Jesús; es por eso que me asusto, mientras no hay enfrentamientos ni calumnias, y comienzo a dudar si es la verdadera obra del Señor. Es que por un lado no quisiese enfrentarme, pero si no vienen los conflictos, no ocurre lo que el Señor espera; y no quiero conformarme con algunas migajas en medio de su verdadera misión, sino deseo vivirla plenamente, hasta las últimas consecuencias.

¿Cuánto tiempo debo esperar para sentirme dichoso, si es que comprendo lo que me quiere expresar esa palabra, lo que me dice Jesús mientras la pronuncia?

Porque la vida debe hacer el gran paso hasta que descubra la dicha por la misión; mientras tanto, nos esperan las vivencias que nos duelen.

Aún no sé, si hasta el día de hoy, he vivenciado lo que Él me anticipa; tampoco he experimentado la dicha ni he disfrutado de la obra del Señor; entonces, ¿dónde estoy?

¿Cuánto tiempo necesitas, Jesús, hasta que despiertes en mí, el deseo por la verdadera dicha, en el camino que proyectas en las circunstancias tan adversas?; ¿y aún cuánto tiempo, hasta que mi corazón esté dispuesto a luchar por ti, por tu obra, por tu misión?

Es una gracia que sabrás implantar en mí, aún contra mi debilidad y mis cosas que tanto me perturban; tan sólo espero tu gracia, y casi no espero nada de mí.

Hablas de la gran recompensa en el cielo.
Entonces, ¿qué importancia tiene tu obra, y aquellos que tú
llamas personalmente?
No hablas de una tarea fácil; no sé si es para todos.
Por algo, quieres que yo también, esté en ella.
La siento en la profundidad de mi corazón tan pobre.

11 de agosto de 1994, Santa Clara

1. "FELICES LOS QUE TIENEN ESPÍRITU DE POBRE,
PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS".
Mt 5,3

a. MI POBREZA

Me cuesta ver mi pobreza en medio de mi corazón; si es que intento verla, es porque me lo dice Jesús.

Aún camino a ciegas, al creer en su Palabra; pero, ¿por qué no veo mi pobreza ni la siento?

Con esta pregunta me quedo; la necesito en este tiempo del Señor, que voy viviendo.

Siento que la primera impresión que me causaría Jesús, es su modo de mirarme en medio de mi pobreza; y Él, respetuoso y comprensible, no obstante, tan sincero y real.

Entonces, ¿por qué no he vivido esa gracia?

Sigo preguntándome en el camino; no creo que sea tan sólo para preguntarme; creo que algún día, el Señor hará gracia de mis preguntas inquietas.

Mi pobreza está envuelta en tantas vivencias.

Entonces, ¿cómo ver lo que está por dentro de mí?

¿Cómo mirar mi realidad tan escondida, a la cual no vuelvo desde hace tiempo?

Sigo viviendo de mis ilusiones, de lo que tiene que ver con mi confusión; yo, confundido en el mundo, estoy tan poco en medio de mi corazón, como un extraño.

Lucho por la vida, aún en medio de un esfuerzo cada vez más forzado; quiero hacer más, aún sigo buscando nuevas fuerzas exigiéndome; ¿y para qué?

¿Qué es lo que busco, lo que verdaderamente deseo?

No lo sé; hasta me asusto de mis inquietudes.

Las caras de mucha gente me hablan de los proyectos.
Aún quisiese ver sus corazones, casi no los veo.
¿Acaso, es lo que quieren o ni siquiera saben lo que viven, ni por lo que luchan?
La vida ha tomado muchos giros tristes, pero, ¿dónde está el espíritu del hombre?
Si no lo sabe, ¿qué es lo que sigue haciendo, confundido con intereses, en medio de sus actitudes?

El hombre sigue prendido de lo que hace; si la realidad lo atrapa, lo lleva con su corriente; ya no es él, que tendría su libertad, el dominio de sí mismo; su espíritu no lleva su vida. Entonces, ¿qué pasará con él?
Parece tan pobre, el hombre de hoy; si lo veo, ¿no sería que estoy en el mismo camino, y que veo mi realidad?
Casi no me atrevo a pensar en mí, pero parece que es así.

En este camino por el mundo, busco a Jesús.
Él no está lejos de la vida; no sería Él, si se quedase alejado del hombre y del mundo.
Alguien me dice que lo debo encontrar; pero si no lo viese, ¿qué pasaría con mi vida?
Entonces, lo sigo buscando; aún siguen tantos que lo buscan, mientras viven su realidad.

¿Qué pasaría, si no encontrase a Jesús?
Ni siquiera quiero pensarlo, porque presiento que lo necesito cada vez más; mi vida lo necesita.
Seguramente, en algún rincón de mi realidad, lo encontraré, quizás, el día el que menos lo espero.
Así, Él me sorprenderá y se hará ver, mientras yo quiera estar lejos de Él; porque no acepto que me vea en medio de mi debilidad, de mis culpas y de mi dolor; desearía poner otra cara, cuando lo encuentre.
Pero Él anticipa el tiempo, y me encuentra así; ya no tengo

tiempo para prepararme ni para poner nueva cara, mientras mi corazón está con lo que vivo.

Él vino a la hora menos pensada, mientras yo aún no estaba preparado para el encuentro; ya no pude limpiar mi cara ni ponerme ropa nueva; pareció que quiso verme así, como yo estaba, sin ponerme maquillajes.

Me dijo que se sentía bien al verme; me hizo entender que no debía avergonzarme ante Él, ni ante su mirada tan distinta. Creo que hizo sentirme bien, a pesar de mi pobreza.

b. A CONSTRUIR LO NUEVO

El hombre se deja llevar tan lejos de los principios del Señor; entonces, la vida se desgasta, el espíritu se va perdiendo en el tiempo; como si fuese una brasa que ya no puede arder, aún envuelta con el frío del mundo oscuro.

¿Adónde puede llegar el hombre perdido en el mundo?

¿Adónde llega mi vida tan pobre?

Sin embargo, es el tiempo de la renovación de la vida; como si el hombre necesitase llegar allí, para comenzar a buscar al Señor, el dueño de la vida, principio de nuestro ser quebrado en medio del mundo.

En tantas realidades humanas, hay un tiempo para comenzar la reconstrucción; y no es que el hombre deba esperar a que llegue a esa crisis, pero las cosas se van dando y lo llevan aún más lejos; ahora, es como poner todo delante del Señor, para jugarse por la vida, quizás, ya definitivamente.

Los hombres van construyendo sus cosas; aún les parecen nuevas, lindas, útiles, por eso las cuidan y las atienden; sin embargo, el tiempo va desgastándolas cruelmente, hasta que lleguen a ser viejas que casi no sirven más.

Entonces, ¡qué triste es la obra del hombre!

¿Y qué pasa con la Creación del Señor?

No lo entiendo, pero igual, intento buscar la comprensión y me conformo con las migajas que caen de la mesa del Padre; es tan misterioso su modo de obrar en mi vida.

El hombre aún suele destruir las cosas que había hecho con cariño y empeño, que le sirvieron; y levanta lo nuevo desde los cimientos, así, la vida sigue, aún en medio del proyecto del Señor.

En la vida de la planta, ¡qué gran movimiento de la vida!; mientras van muriendo viejos troncos, las semillas inician un nuevo crecimiento, sin prever el tiempo adverso; es porque la vida tiene su propio instinto de crecer; si la sorprende la adversidad, halla la fuerza en donde no puede encontrarla, para seguir en ese movimiento tan hermoso.

¿Y en la vida del hombre?

¿Cómo entender el camino del hombre en medio de tantos proyectos, ese camino tan torcido, hasta perverso?

¡Cómo lo vemos en medio de la realidad, que es triste!

Es que entonces, toda la vida empieza a buscar al Señor; y si antes lo hacía, la búsqueda era distinta, no tan urgente ni para enfrentar lo fundamental de la vida.

Aún, el Señor desea que logremos comprender a ese hombre tan perdido.

¡Cómo comprender al hombre perdido, que recién en medio de su perdición, comienza a ver a Jesús, quien lo espera!

Como si Jesús viniese, ante todo, por esa clase de gente; pues ellos lo van a reconocer antes que los demás.

Es como si la vida les estuviese preparando para el momento del encuentro, que vale por la vida.

La gente que rodea a Jesús, es la que está casi perdida, muy confundida, aún con mucha maldad, a la que el mundo ya no

le da importancia; ahora, sale al encuentro con Jesús; si es que Él la llama, va saliendo casi antes de que la llame. Esa gente vive hoy, y quiere ver a Jesús presente.

Frente a ellos, Jesús comienza a hablar del Reino de Dios, en el corazón del hombre. Su palabra es tan fuerte que despierta los corazones, donde el Señor desde hace tiempo, ha sido como apagado; ellos resurgen y resucitan las vidas muertas, se abre la Vida tan nueva, tan fresca; nadie de los hombres podría pensar en una obra igual a la de Jesús.

Hoy, Jesús nos podría sorprender más que en otros tiempos. Seguimos como preparándonos para ese nuevo encuentro, con tanta gente perdida, enferma de espíritu, destrozada y muerta; es el tiempo de Jesús, frente a la gente, a quienes el mundo considera como si fuese una basura de la humanidad; y Jesús la salva.

Entonces, cuando Él comience a hablar, lo escucharán.

2. "FELICES LOS QUE LLORAN, PORQUE RECIBIRÁN CONSUELO". Mt 5,4

a. CON LOS QUE LLORAN

El llanto llega al oído del Señor.
La rebeldía y el odio no llegan; nos envuelven densos y aún
lejos del Señor, pero el llanto sí, llega a cada instante.
No se puede permitir que la criatura lllore sin el consuelo,
pues el niño que llora, de veras, sigue sufriendo.

Cuando llora el niño, se conmueven los padres.
Mientras llora el grande, se conmueve el cielo.
El Padre está atento por cada lágrima que nace en la tierra y
llega a los cielos, en ese milagro tan poco comprensible para
los hombres que no ven sufrir.

¿Cómo es mi corazón ante aquellos que lloran?
¿Aún, escucho el llanto de mis hermanos?
¿Estoy en su dolor de cada día, o aún me quedo indiferente,
como tantos?; porque el mundo es distinto.

Me fijo en las caras de los niños; y no bien llora uno de ellos,
los demás hacen un concierto lleno de lágrimas.
Acaso, ¿saben por qué lloran?
Creo que tienen un presentimiento; se ponen en alerta, pues
no tienen otra cosa más eficiente que llorar.

El llanto aún es reclamar, es muy fuerte; es uno de los pasos
que hace el hombre, consciente de su realidad.
Mientras tanto, busca sus medios para resolver la situación
que se le hace difícil; cuando ya no da más ni sabe cómo
salir, le queda el llanto que en esas circunstancias aún suele
despertarse; ¡y cuánto bien nos hizo por aquel tiempo!
Pero quien no lo vivió, no lo sabe.

Llorar con los que lloran es la gracia que nos puede tocar; no viene tan pronto ni tan fácil; hay que entender la propia vida y la del hermano, para poder llorar juntos.

Y no es una debilidad, sino más bien, es ver la vida en el cuerpo y en el alma.

La vida se nos presenta en el camino de tristezas y de llantos, pues hallamos luz, en medio de las penas.

Justamente, en ese tiempo, encontramos al Señor y por eso, somos distintos ante cada lágrima que cae en la tierra.

En cada corazón, hay un lugar para el dolor y la tristeza; a ese dolor hay que ver y presentir; si bien, la gracia que el Señor nos da, es para poder llevarlos, a la vez, hay que llorar con los hermanos.

Pues, si el Señor está, hay que llorar en paz con ellos.

Cada llanto llega al Señor; también llegan los que lloran con sus hermanos; y ellos están delante del Señor.

A lo mejor, algún día, Él los llame para que liberen en su Nombre, a aquellos que lloran desde hace tiempo.

b. LA SIEMBRA EN MEDIO DE TEMPESTADES

El clima para el Evangelio, para sembrar a Jesús, nos es el más propicio; aún, no nos olvidemos de que Él entra como un desconocido y de noche, en un mundo hostil que está en sus cosas.

La humanidad fue como esa tierra que no quería aceptar la semilla; a pesar de que la necesitaba en aquel tiempo y más aún, en nuestro tiempo muy confundido.

Jesús es cada vez más grande, su obra es muy grande, pero la crisis del mundo es casi inmensa.

Si Él había sembrado la buena Semilla en un mundo adverso, es cierto que la maldad y la perversidad siguen creciendo. La obra del Señor debe llegar a su fin; y si nos ponemos del lado de Jesús, ¿qué nos espera a nosotros?

El mundo vive sus propias tormentas que nos acosan; y no bien termina una, vienen otras; este mundo vive muy mal, casi esperando las tormentas, sin embargo, no busca a Jesús ni lo espera.

¿Qué hacer entonces?; hay que sembrar a Jesús, a pesar de que la siembra parece inoportuna; hay que hacerlo, mientras llueve y truena, pues en medio de esa realidad, Jesús halla el lugar para sus discípulos.

Mientras llueve y truena, hay que sembrar a Jesús.

Si el mundo no lo acepta, la siembra vale por el tiempo que vivimos, y por los que están por llegar.

Aún debemos seguir sembrando su Palabra cuando el mundo lo cuestiona, y lo ve como obra insensata que tan sólo habría que respetar, si es que la respeta.

Hay que sembrar a un verdadero Jesús que está por enfrentar a la realidad tan triste.

¿Qué es construir un nuevo mundo?

¿Es correr con lo que hace el mundo, por lo que se inclina, lo que sugiere como sensato, o es optar por un camino adverso, casi irreal, en medio del dolor, de los sacrificios y lágrimas? Es difícil optar ante lo que pasa, a lo que se grita, se impone; y también es difícil ver lo que es sensato, y es de Jesús.

El mundo sigue el camino de propuestas y exigencias, aún atropella, sin darle importancia al hermano.

¿Qué pasa si el grito del hermano llega a los cielos?

¿El Señor se callará?

En ese mundo de atropellos, de injusticias, hay que hablar de

Jesús; y como Él molesta, ¡qué difícil es atreverse a hablar de Él, para enfrentar la vida!

¡Qué camino debemos recorrer con Jesús, aún en medio de la lucha, del dolor, hasta que empecemos a hablar con firmeza, mientras el mundo nos ignora y aún se ríe de lo que le llega!
¡A cuántas guerras debe vencer Jesús en nosotros, a cuántas decisiones claras habría que tomar luego de las luchas y las confusiones!; es que de otra manera, la Palabra no tendría fuerza ni fundamentos, entonces, ¿para qué hablar, y quién nos escucharía?

Pues, la Palabra sin fuerza se pierde sin expandirse.

Hay un camino marcado por Jesús; no es fácil ni sencillo, aún lleno de dolor, de confusión, de inseguridad, tan propios de la vida, cuando no confiamos plenamente en Jesús.

Él nos pone como testigos frente al mundo, que piensa y vive otra cosa; entonces quiero seguir, Jesús, hasta donde me den fuerzas, adonde quieres que llegue.

Que nada me aparte de tu camino.

Deseo caminar por el mundo que está en otras vivencias, aún llevarte, Jesús, como quieres que llegue contigo en esta hora; ojalá, el mundo y el hombre te descubran; ojalá, comiencen a buscarte, como te sigo buscando a cada instante.

Pues sólo tu camino es verdadero.

3. "FELICES LOS PACIENTES, PORQUE RECIBIRÁN LA TIERRA EN HERENCIA". Mt 5,5

a. EL ALCANCE DEL PROYECTO

Me cuesta ver el alcance de la Palabra que Jesús pronuncia; y por eso me callo, prefiero esperar.

Ojalá, mi corazón se guíe por el camino de intuir, de seguir con Él, adonde quiere llevarme su Palabra; y que Él llegue a mis hermanos que desean escuchar de corazón a corazón, desde Jesús hacia su propia vida.

Cuando Jesús pronuncia esa Palabra, el pueblo vive bajo el dominio de los Romanos; han pasado muchos siglos de las dependencias, de la falta de libertades, que los separan de aquel tiempo cuando la tierra prometida aún pertenecía a sus hijos; a la vez, el pueblo sigue recordando el camino desde la tierra extranjera hacia la prometida; ¡y cuántas cosas habían pasado en aquel tiempo, en medio de un gran paso entre la tierra de esclavos y la tierra prometida.

Si luego viene el tiempo de los reyes, se trata de un período glorioso para el pueblo; sin embargo, todo eso es el pasado, pues se vienen las desgracias para el pueblo, casi sin poder esperar un tiempo mejor; en fin, en esas circunstancias, Jesús pronuncia su Palabra; entonces, ¿qué quiere decirnos, y qué es lo que expresa en nuestros tiempos?

El mundo que el Señor sigue proyectando, está en medio de la tierra del Señor aún entregada a los hijos; pues, a los que se consideran hijos del Padre, les pertenece la herencia.

¿Cómo podría ser que el Padre dejase a sus hijos sin tierra ni bienes, que Él había destinado para ellos?; por eso, son como si tuviesen derecho de recibir lo que les corresponde, por ser hijos amados.

Sin embargo, la tierra del Padre está en las manos ajenas que se adueñan quedándose con la tierra desde hace tiempo; y si aún son hijos, a pesar de que no se reconocen como hijos del Padre, no son únicos ni sólo a ellos les pertenece la tierra. El Padre da la tierra a los que lo reconocen; y es bondadoso con todos sus hijos, los buenos y los malos.

¿Qué camino del Señor para que la tierra vuelva a los hijos, para que todos la tengan y el pan suficiente?

¿Sería ése que piensan los hombres, u otro camino?

¿Sería en los tiempos que proyecta el mundo o hay otros, más próximos al Señor?

Los hombres tienen sus proyectos, y el Señor obra según sus principios, no como suele pensar el hombre.

Los hombres buscan sus modos para compartir la tierra, aún encuentran cómo expropiarla para que la misma vuelva a los que no la tienen; llegan a ciertas formas de convivencias en medio de la tierra; todo es un camino más, entre tantos pasos y búsquedas de los hombres, en medio de sus inquietudes e intereses; no obstante, aún no es lo que el Señor proyecta definitivamente.

Lo que los hombres proyectan en el mundo, sirve para algún bien; mientras los proyectos fracasan, hay una nueva luz por lo que debe venir, si queremos reconocerla, aún dispuestos a luchar por lo que viene del Señor, al tener en cuenta el camino que nos compromete más aún; pues, en medio de los caminos, aún se abre una luz por lo que viene; y si suele tardar, aún llegará a tiempo.

El hombre hasta necesita de sus fracasos; no es que el Señor los esperase ni los buscase para el hombre, pero de ese modo, cuando ya llega la hora, ve mejor lo que debe ver, y

no se encierra en su orgullo ni en sus convicciones que no son verdaderas y tan sólo postergan la luz que está por llegar, la que siempre viene del Señor.

El Señor habla muy temprano, y los hombres necesitan de ese tiempo; son ellos que le cuestionan al Señor, y le hacen sus objeciones, hasta pueden llevar la Palabra de Jesús a cierta ridiculez, y es normal que sea así; pero llega la hora de la claridad que abre las perspectivas.

¿Viene pronto ese tiempo, o aún deben pasar muchas cosas?, y mientras tanto, hay que volver a la Palabra de Jesús.

b. LA TIERRA EN HERENCIA

Los proyectos del Señor, que impactan mucho en el mundo, empiezan en el interior del hombre, pues es el camino de los cambios que se imponen con eficiencia.

El corazón impregnado con el Señor proyecta el desarrollo; el proyecto se hace transparente ante aquellos que intuyen la obra de Jesús.

En algún sentido, el hombre es como el barro moldeado entre las manos del Señor; y el espíritu humano es aún como fluir desde el Padre; si se apaga, va quedando como el humo que se pone molesto, muy triste.

Entonces, ¡a cuánto tiempo hay que esperar para que la brasa arda, abriéndose hacia los hombres y el mundo!

El Señor alimenta el Fuego, sostiene la Vida; pues el corazón arde en el tiempo del Señor, al poder caminar en el mundo.

El gran proyecto del Señor es que el hombre aún alcance a la tierra bendita; allí, el hombre halla el espacio del Señor y, de este modo, la vida nace y crece en su ambiente.

Sin embargo, hoy la realidad es compleja; no es el mundo del Señor que recibe su vida, ni la protege ni la guía hacia Él.

El mundo va perdiendo el aspecto de la obra del Señor; y los hombres no lo ven como su obra; no lo respiran ni lo sienten como su gracia.

Entonces pregunto, ¿hasta qué punto, el mundo es la gracia o la destrucción en medio de la vida del hombre?; y es donde aún respiramos, trabajamos y luchamos; pero la crisis de los valores es tan grande, el hombre está tan intoxicado que ni siquiera se da cuenta a dónde se dirige; y parece que camina en la oscuridad, no obstante, todavía sigue corriendo.

El proyecto de Jesús es reconstruir la vida del hombre y del mundo; se inicia en un corazón hallado por la gracia; de este modo, el Señor vuelve al hombre y al mundo.

El corazón transformado es como la planta en pleno desierto; así nace la vida que sigue transformándose, creciendo en el tiempo del Señor.

¿Adónde alcanza el corazón transformado por Jesús?

Casi no tiene límites; lleva paz, al Señor, aún se integra a la obra de la reconstrucción.

Quien puede ver adónde llega la gracia, es porque el Señor le permite ver; no obstante, el modo de los cambios está más allá de los tiempos; y no es la cuestión de ver ya, lo que viene del Señor.

Cuando Jesús habla del nuevo pueblo, lo va a encontrar en un lugar despoblado y allí, el Señor lo alimenta con el pan; de esa manera, la vida asegura a la existencia del pueblo; y luego, el mismo cree en Jesús y aún lo escucha.

Algún día, la tierra dará el pan del Señor para sus hijos.

Ojalá, el pueblo se deje llevar por Jesús, hasta que llegue a su tierra prometida, ya en este mundo.

Ese pueblo, mientras camina, aún se va descubriendo poco a

poco, se va hallando en el camino; si hoy llega aquí, mañana, el Señor iluminará su nuevo paso, mientras que su obra sigue resurgiendo en medio del mundo.

Las bienaventuranzas aún no logran ser definitivas, pero las semillas inician el gran crecimiento; nuestra tierra comienza a presentirlas; y pensar que las había anunciado Jesús, hace siglos; pero el Señor tiene otro modo de medir los tiempos.

Le pido al Señor que mi corazón sienta vibrar la Palabra de Jesús, para estar en su obra.

Aún, estoy lejos de lo que el Señor quiere de mí, pero mi vida quiere ser feliz.

4. "FELICES LOS QUE TIENEN HAMBRE
Y SED DE JUSTICIA,
PORQUE SERÁN SACIADOS". Mt 5,6

a. LA SED QUE TENGO

Es bueno saber que sigo buscando, y que aún no encuentro lo que sueño; ¿qué haría si hubiese logrado todo, y qué haría si no encontrase nada?

Mi vida sigue brindándose, hay tiempo para todo; hoy me alegro, me hago fiesta por el pedazo de pan que recibo; es que es justo, muy grande en mi camino; sin el pedazo de pan no hubiese podido seguir ni un paso más.

Yo soñaba en grandes cosas, y me alegro con la pequeñez del día, que es grande.

Aún pregunto, ¿mi vida hubiese podido abarcar la grandeza que soñaba?; no lo sé; entonces, ¿para qué esperar más de lo que tengo?; ¿y tan sólo para guardarlo aún amontonado ante mis ojos, para saber que ni siquiera puedo disfrutarlo?

Me alegro de las pequeñas alegrías, no espero más; es eso, es justo; con lo que tengo, estoy bien.

¿Qué es lo que cambia en mi vida?; ¿qué es lo que me pasa, para que lo piense de tal modo?; de veras, no lo sé; y si lo supiese, no lo podría expresar; aún no sé hablar de las cosas que dan mucha vida en poco tiempo, a la vez, son sencillas en su modo de presentarse; pero deseo vivir lo que es justo.

Yo buscaba; no creo que haya encontrado lo que buscaba.

¿Acaso fue perder?; no creo que fuese así.

Si es que pongo el sello sobre las pequeñas muertes, espero levantarme a la mañana siguiente y buscar más aún.

Aún me alegro con la pequeña vida, que me da nueva fuerza para buscar.

No todo lo que buscaba era lo que debía encontrar, ni todo lo que encontré era sólo para dejarlo; entonces, puse mis manos en la red para ir sacando lo sano; es tan poco lo que saqué, y ahora me quedo sentado, y disfruto de lo recogido. Siento sed en mi garganta; busco un vaso de agua fresca, me la tomo; y el vaso de agua sacraliza toda mi tarea.

La sed me despertó para escribir estas líneas; parece que fue oportuno expresarme; siento en mí, una corriente de las vidas que me están velando a esta hora; aún están aquí y yo, ¿qué podría hacer si no tuviese estos ángeles? Sin ellos, mi vida parece vacía y tan injusta para mí; pero, ¿quién les avisó para que velasen por mi vida?

Con el vaso de agua entre mis manos, voy arrimando la vida; pues si no hubiese recibido agua, mi ser se habría perturbado, como la vida de una planta en la hora de sequía. ¿Qué es el agua que voy tomando? Ojalá, el agua sea sana, desde el vaso de agua fresca. ¿Y si me lo entregase mi hermano?

Me das, Señor, este pan que alimenta mis fuerzas; lo tomo, es un regalo sagrado desde tus manos. Mañana, me darás otro trozo; será otra fiesta; la espero. Me inspiras que lo vaya compartiendo con mis hermanos, aún lo multiplicarás; es justo que lo compartamos desde ti, Señor.

Tú eres el pan y el agua en el camino. Si los tengo, ¿qué me falta? Me haces sentir la sed y el hambre, y cuando estés, estaré feliz; entonces será justo que me faltes y después, que me vayas devolviendo tu falta.

b. MIS INJUSTICIAS

Me despierto ante lo que llamo injusticia.

Mis ojos están abiertos, y no se les escapa nada, por más pequeño que fuese, si aún toca mi vida y mis seres queridos. Siento la injusticia en mí, ella me hiere, es tan fuerte. Hoy te agradezco, Señor, por despertarme temprano, y por la sensibilidad que me das a esta hora.

El mundo está lleno de injusticias, también mi corazón.

No hay tiempo que no pensase en eso; ¿qué puedo hacer?

¿Por dónde me llevas, Señor?

¿Habrá el día en que borres las injusticias en el mundo?

En el camino de injusticias del hombre, tú, Señor, implantas la justicia; ¿sería una pequeña semilla entre la maleza?

Pero tu semilla crecerá en el tiempo de tu gracia, hasta que sea grande y cubra a la tierra.

Deseo borrar la injusticia como lo hacía con las letras en un pizarrón negro; pero si quiero verlo ya, las cosas no son así. La injusticia es prepotente, se ríe de los hombres que hablan de la justicia; se ha vestido de la piel del cordero inocente; ha comenzado a hablar y parece justa.

Hablamos de la justicia y el mundo es aún más injusto.

¿Y qué quieres decirme, Jesús, por el tiempo que seguimos viviendo?

¿Quién no tendrá sed ni hambre?; ¿eso sirve para algo?

En medio de la sed del mundo, hay un deseo por la justicia.

La sed es grande, lleva a las rebeldías; hasta toma las formas que desbordan; pero si la justicia se levanta, aún la apagan de modo como lo saben los hombres que son fuertes.

En ese camino estamos desde hace tiempo, y el mundo es aún más injusto.

¿Qué me enseñas, Jesús, frente a lo que vive el mundo?

Donde aún están la rebeldía, el odio y el resentimiento, las fuerzas se dispersan, y no hay claridad por lo que se lucha; a la vez, resurgen los intereses que no son justos.

Entonces, entramos en la confusión, y es difícil luchar y más difícil aún conseguir lo justo; pues si logramos ganar, no lo sabemos disfrutar en paz, ni por el bien que esperamos; no obstante, todo tiene su sentido en el camino de luchas y de búsquedas.

El odio y el resentimiento son injusticias que habían entrado en el corazón; no están frente a la casa, sino en nuestra vida, aún quiebran el orden interior y nos destrozan.

Si no hay justicia en medio del corazón, ¿con qué salimos a enfrentar las injusticias que nos desesperan?

Si salimos a luchar, ¡cuánto desorden vamos a sembrar!

El corazón, si es que halla al Señor, comienza un camino diferente; poco a poco, va venciendo la realidad que vive por dentro, siempre con el Señor presente, aún en medio de la rebeldía y los resentimientos.

Es un largo camino y lleva lejos; engendra la paz que es la presencia del Señor en medio de la realidad; y cuando renace la paz del Señor, se abre el camino de una vida más justa.

En realidad, la verdadera justicia es el orden de la vida que viene del Señor.

Por mucho tiempo, el hombre se conformaba con la ley que él intentaba imponer en la vida, aún la iba sosteniendo, pero ahora, al ver tanto desorden, empieza a buscar en el camino que viene del Señor; el hombre ya se permite llevar por ese nuevo orden de la vida, sin embargo, se le hace imposible, antes de que el Señor lo implante en su corazón.

El corazón que ha encontrado la justicia del Señor y se ha

dejado llevar por ella, se proyecta como una pequeña semilla en el mundo de injusticias; ese corazón entra en la obra del Señor; encontrará el modo y el tiempo para luchar por su justicia, a pesar de que la vida no esté libre de sufrimientos. Ojalá, la paz del Señor le sirva de estandarte, en ese camino, mientras el corazón lucha por la presencia del Señor; porque su ausencia sería la injusticia más grande; y ésta causaría otra clase de injusticias.

5. "FELICES LOS COMPASIVOS,
PORQUE OBTENDRÁN MISERICORDIA".
Mt 5,7

a. TEN PIEDAD DE MÍ

Me acuerdo de la súplica del enfermo, mientras tú, Jesús, lo socorrías; y no tardaste en ayudarlo; como si la plegaria fuese más fuerte que tu voluntad; no hubieses podido negarle en aquel instante; y él sólo te dijo: "*ten piedad de mí*".

Tuviste piedad más grande de lo que esperaban.
¿Fue tu fuerza o tu debilidad, cómo comprenderla?
Voy meditando y no sé qué decir, mientras me inundas con tu modo de sentir frente a la gente; y debo conformarme con lo poco que recibo de tu piedad; pues, ni siquiera ese poco me llega; ¿y no será que mi vida aún no haya llegado a tal momento, que sólo me quedase pedir tu piedad?

Los libros de los monjes que alcanzaban la serenidad, me van enseñando una de las oraciones; es tan sólo pedir piedad y rezar sin cesar, pues la vida nos prepara para comenzar a orar de ese modo.

La oración puede adelantar el paso; al orar, la vida se pone más transparente, más legible aún; la oración nos permite ver la realidad como es, nos lleva a cierta armonía entre orar y vivir, sin engañarnos.

Por mucho tiempo, nos falta la verdadera imagen de la vida ante el Señor; por eso, no le pedimos ni insistimos en que nos ayude, hasta que no logremos vernos como somos de veras; entonces, comenzamos a pedir a gritos, como si Él no nos escuchase o necesitase de esos gritos impacientes.
El Señor nos socorre, aún sin preguntar por la hora en que lo pedimos; Él nos socorre a cada hora.

A esa hora, el Señor llega a la vida; no antes ni después; y no es que antes Él no estuviese, sino es que no lo esperábamos, ni siquiera lo veíamos; por eso, se quedaba en silencio, en medio de nuestra vida oscura.

¿Cuánto tiempo la vida fue así?; y hasta nos parecía que todo estaba bien, tanto con nosotros como con el Señor.

Cuando llega la hora, no es un tiempo de reproches, a pesar de que, justamente, es lo que nos viene en abundancia.

Sólo nos queda pedir piedad; y quien lo hace primero, es que recibió la luz antes que los otros.

Difícilmente llegamos a comprender por qué la piedad debe adelantarse; siempre vamos a tener muchos argumentos para juzgarnos, para cuestionarnos y encerrarnos más aún, con tal que no pidamos la compasión delante del Señor; y es lo que posterga y nos perturba en el camino; si nos sirve, es porque después, comenzamos a pedir a gritos.

Con la oración de piedad crece la comprensión de la vida, no como nos pareciese, sino como es de veras.

Esa oración nos pone en un verdadero camino; quizás, por mucho tiempo, aún no entendemos nada de nuestro modo de actuar, pero la hora llega, las cosas se aclaran y se esclarece la vida; ¡y cómo la abrirá el Señor!

Nuestra vida se hará clara, nuestros pasos equivocados y aún perdidos recuperarán su sentido, cierta importancia en medio de lo nuevo que empezamos a vivenciar; aún logramos tener piedad de nosotros mismos y de esas debilidades que fueron molestas y tristes; porque vino la luz que nos hizo revivir, nació la vida en medio de la muerte; y llegó el Señor.

La oración de piedad tiene la intuición de abandonar nuestro proyecto humano, entregándonos en las manos del Señor; es

el principio de una nueva vida.

Hasta que no lleguemos a ese paso, aún estamos con cierta postura de distancia e indiferencia, con cierta cautela por lo que el Señor podría hacer con nosotros; pues aún nos falta entregar nuestra vida; y es lo que nos ocurre durante muchos años.

b. EN EL CAMINO DE COMPASIÓN

¿Por qué no somos compasivos frente a los hermanos?

¿Por qué la dureza y la crueldad frente a la realidad que suele ser triste?; ¿acaso, es ese modo de llevar la vida?

¿Adónde podemos llegar con este modo de actitudes?

Creo que ni siquiera nos damos cuenta a dónde nos llevan, y que tan sólo agravan y nos destruyen.

Ser compasivo no es una debilidad; es la sabiduría que surge en la profundidad del corazón que se alimenta del Señor.

Pero, ¿cuánto tiempo necesitamos para lograr ver y actuar, ya promovidos por el impulso interior, y que el corazón se abra como el Señor quiere que lo haga?

Después de tanto caminar para ayudar a los hermanos, y de luchar por el bien para ellos, nos damos cuenta de que los verdaderos frutos están de aquel lado donde hubo compasión de nuestra parte; siempre y cuando la misma compasión surja del corazón que siente, llora y sufre y no condena ni reprocha las cosas que han pasado.

Los frutos de la compasión suelen perdurar, a pesar de que al principio casi no se ven; al contrario, aún suelen conducir a ciertas dudas si la misma vale, si tiene sentido.

Lo que pasa es que nuestros gestos de compasión no tienen madurez suficiente; no son lo que nacen en medio de la más profunda comprensión, ni del dolor que lleva el corazón; no

tienen suficiente solidez en nuestro interior; por eso, aún no llevan la fuerza para llegar a los hermanos.

Además, ellos tampoco están preparados para poder recibir la gratitud del Señor; viven otra realidad y ni siquiera sueñan en que alguien pudiese ser compasivo ante su vida; y no lo ven como posible, con un sentido de bien.

El corazón compasivo sabe animar la vida en las raíces de su existencia y en el Señor, aún en esa vida que suele estar muy perdida; no hay otro camino para hacerlo bien, y que sería del Señor; pero Él nos permite tardar hasta descubrirlo; por alguna razón debe ser así, y lo más grande suele costarnos; en fin, es nuestra vida entregada por los hermanos.

Suele ocurrir que empezamos por los hermanos; buscamos ser compasivos con ellos, hacemos lo que podemos y aún nos esforzamos; así vamos creciendo en la apertura hacia ellos, cada vez más generosa, para luego darnos cuenta que nuestro corazón necesita de compasión, de misericordia, y debería ser al revés; sin embargo, el Señor tiene su camino para llegar a nuestro corazón.

He dicho que debería ser al revés; aún, la riqueza del interior debería comenzar por lo más cercano; es que la compasión de nuestra vida debería ser la gracia para ser más compasivos con los hermanos; sin embargo, el Señor tiene su camino y su modo; si no es el tiempo para llegar a nuestro interior, para ir abriendo la vida, hay otro camino como desde afuera, para golpear las puertas de nuestro corazón.

Solemos comenzar por los hermanos, para darnos cuenta de nosotros; porque aún necesitamos de piedad, tanto del Señor como de los hermanos; así la vida se pone en el orden que necesita; entonces, la compasión que toca nuestra vida se proyecta como una nueva fuerza, para ser compasivos de

veras; y los hermanos lo van a descubrir muy pronto.

Así estoy, Señor, en el camino de compasión, tan tuyo.
Me falta tanto; recién comienzo a abrir mis ojos; tu luz es tan fuerte que hasta me asusta a la hora de mi noche.
Ante todo, quisiese ser más compasivo conmigo mismo.
No es mi capricho, sino es tu pensamiento puesto sobre mí; me lo dices a gritos, y yo, casi no te escucho.
Ahora, comienzo a escucharte, comienzo a ver, pues si no lo viera, no te viese a ti, mi Señor.

6. "FELICES LOS DE CORAZÓN LIMPIO,
PORQUE ELLOS VERÁN A DIOS". Mt 5,8

a. AL PRESENTIR EL PROYECTO DE JESÚS

Me cuesta ver el proyecto del Señor, en las bienaventuranzas de Jesús, anunciadas en el Monte; si Jesús con una palabra ya proyecta, cuando pronuncia un discurso, su modo de hablar es aún más misterioso para mi corazón que empieza a caminar en medio de su obra.

Cada bienaventuranza es un proyecto, se abre a las demás, y todas se complementan en medio de la gran armonía. Pero en fin es el corazón que responde por la gracia del Señor; para nada sirve estudiar las bienaventuranzas si el interior no se abre; entonces, hay que vivirlas y que nuestro corazón nos lleve por el camino del Señor.

Luego de los pobres, los afligidos y los sin tierra, Jesús habla de la justicia y la misericordia; ¿acaso, no se ve el proyecto que sobrepasa nuestra capacidad?; no obstante, a este mismo proyecto se lo presiente; quien no lo intuye, no puede entrar en la obra de Jesús que está más allá de nuestra comprensión. Es que cuando estamos por entregar nuestra vida al servicio de Jesús, no creo que entendamos del todo, lo que Él quiere de nosotros, pero igual servimos para su obra y aún, Él sabrá incluir nuestra vida por el bien que sigue proyectando.

No puede ser que vengamos a Jesús, con un proyecto hecho, y tratemos de ajustar su mensaje a nuestro modo de ver y de pensar; aún necesitamos mucho tiempo para que su palabra repercuta en nuestro corazón, que Él nos lleve en su camino, a pesar de que no entendamos lo que Él quiere de nosotros; pues su obra está más allá de toda la visión que alcanza la vida, más aún, si nuestros días son escasos y la obra de Jesús está por todos los tiempos.

Ya han pasado dos mil años desde que las Palabras de Jesús van tocando los corazones de los hombres, que caminan por la tierra del Señor; seguramente, los hombres iban dando la respuesta; entonces, las palabras iban transformando a ellos y al mundo; no obstante, nos cuesta ver la obra realizada y la influencia del mensaje de Jesús en la vida de la humanidad.
¡Qué difícil es ver la obra del Señor!
¡Qué difícil es comprenderla!

Los hombres ponen un poco de barro que es del Señor; lo van moldeando, mientras reciben la inspiración.
El Señor pone su Espíritu en cada obra, para que nazca y que crezca; y si la Creación pasa por el corazón del hombre, a veces, él ni siquiera lo ve ni lo siente; a pesar de que quiere poner su buena voluntad, que también es del Señor.
¿En qué lugar nos pone Jesús?

Jesús me dice que los de corazón puro verán a Dios.
Entonces, verán su obra en el mundo; ya no será un mundo vacío, sin el Señor, al contrario, estará pleno de su Presencia en todo el tiempo y a cada instante.
Con tan sólo verlo, el mundo cambia; por eso, será distinto.

Es importante saber que mientras el Señor está en la vida, estamos en su proyecto que llega al mundo y a los hermanos; en la medida en que logramos ver al Señor un poco más, su obra es más grande aún; en la medida en que la mente y el corazón ven al Señor entre nuestras manos, las tareas se van llenando de vida que vale mucho, pues viene de Él; y es ese milagro de Vida que podríamos vivir a cada instante, en cada paso, en cada respiro; ¿no es esto lo que espera el Señor de nosotros?

El corazón puro será como el espejo puro; aún mira de frente

y ve el rostro bien claro.

Será como el agua que da transparencia; y la luz se refleja en el rostro y en el corazón; aún ve el rostro suyo y el del Señor. Si sigo soñando y preguntando, ¿cuándo veré mi corazón?; y no puedo verlo, antes de que llegue tu luz, Señor.

Cuando vea mi corazón y que tú estás, se iluminará mi vida, y el mundo de mis hermanos.

Entonces puedo caminar por el mundo, llevando tu proyecto, tu misión hacia mis hermanos y hacia el mundo.

Algún día, estaré en tu obra como tú quieres, Señor, no así como yo pienso.

b. AL VER EL PROPIO CORAZÓN

¿Qué es lo que ensucia mi corazón?

¿Qué es lo que llega tan hondamente?; porque hay cosas que no conocen fronteras, y van entrando en la profundidad; y si se anidan, brotarán en su tiempo.

Entonces, ¿qué pasará con mi vida?; se hará aún más oscura, pues mi corazón y mi vida se llenan de oscuridad.

En el corazón del hombre se vivencian todas las luchas por la identidad; pues allí está el Señor que brota permanentemente como el Agua de la roca, a la vez, casi en la fuente del Agua que mana, inicia la realidad del mundo, aún la maldad y la perversidad; y también, al Agua se tiran cosas y ella puede llegar a ser tan sucia, que casi no parece agua; y si es tan oscura, casi nos cuesta definirla.

Es la realidad que vivo en mi corazón; y si presiento aguas turbias, más aún presiento al Señor; es que de veras lo vivo presente; es la gracia que guardo en este tiempo; en medio de las aguas de mi vida, el Señor está presente cada vez más.

¿Hasta qué punto el odio, la culpa y tristeza van trastornando el Agua del corazón?

Si pudiésemos verlo, aún buscaríamos a gritos al Señor para que nos purificase, no obstante, la ceguera se viste de otras cegueras, mientras andamos de lo oscuro a lo más oscuro, en el camino que suele tocarnos con mucha frecuencia.

En fin, al salir de las cegueras, nos damos cuenta de cómo habíamos estado, pues el Señor nos hace ver la realidad.

Llega el tiempo cuando nos parece que ya no podemos hacer más que vivir en la oscuridad; es porque el Señor nos hace ver la realidad, y también la impotencia; entonces, nos queda desesperarnos, entregándonos a la oscuridad o comenzar a gritar por la luz que vendría del Señor; es lo que debemos vivir, no hay otro camino que valga.

¿Cómo Jesús depura nuestra vida?

Su obra lleva su tiempo, y nos permite verla, contemplarla; parece como si no pudiese quitarnos el dolor ni la confusión, en el camino de los cambios; de todos modos, nos sostiene más seguros, con una paz extraña.

¿Quién comprenderá esa paz, mientras haya tanta guerra y tanta lucha en el corazón?; sin embargo, es así y la luz, y el calor nos envuelven en medio de una obra tan misteriosa para nosotros.

El corazón puro es sano en sus sentimientos, a la vez, inspira un pensamiento sano; y viene otra vida casi no esperada, que nace lentamente, al vencer la realidad confusa y triste.

Ni siquiera sabemos soñar adónde el Señor nos puede llevar en su obra, que no sólo purifica nuestro corazón, sino que le hace vibrar de otro modo; porque en el corazón sano nace un amor diferente, no confundido ni triste, ni desesperado; es el que fluye la vida de verdad.

Mientras voy analizando el amor, me doy cuenta de cuántas cosas están en mí y cuánta obra le espera a Jesús, si es que sé entregarle mi pobre corazón.

En ese lugar estoy por hacer un gran paso, quizás uno de los más grandes; pues si no logro hacerlo, la obra de Jesús será limitada, la que es hasta hoy en mi vida.

Aún me queda meditar cómo dejar mi corazón en tus manos, Jesús; porque sin ti, mi corazón no logra ver ni ser puro.

Y me quedo en esa espera a que me inspires, a que me ilumines para que pueda entregártelo; así como puedo y como tú quieres, Señor.

7. "FELICES LOS QUE TRABAJAN POR LA PAZ,
PORQUE SERÁN RECONOCIDOS COMO HIJOS DE
DIOS". Mt 5,9

a. DESDE LA PRIMERA CALMA

La paz que busco es como la sed de cada día.
Si es que la he encontrado, a la vez, la sigo buscando.
Es como el pan; lo voy comiendo y mañana lo necesito, y así
todos los días de mi vida.
Es el camino, mientras voy haciendo esos pequeños pasos y
el Señor me sostiene.

Hay tiempos, cuando la paz es como la primera calma para la
noche que se avecina; aún el sol hace sus últimos pasos, le
queda poco, va cayéndose para dormir, luego de un camino
del esfuerzo cotidiano; y mientras todo se calma, es como si
el cansancio quisiese envolverse en silencio.
¡Cómo me gustan esos tiempos de la gracia del Señor!
Me gusta orar con el sol que da sus últimos pasos.

A la vez, hay otros tiempos, cuando se despierta el día con
sus tareas; miro el movimiento; la vida que se despierta, está
alborotada, tan inquieta e imprevisible; aquí no hay silencio,
al contrario, las voces despiertan y hasta inquietan.
Y aparentemente, es ese movimiento de una vida aún más
fuerte; entonces, hay que buscar paz para este tiempo, porque
la vida la necesita y urge.

Cuando el sol está muy alto y casi no lo puedo mirar, porque
cansa mis ojos, mientras el sudor y la ansiedad desgastan
más aún; cuando el camino que hay que hacer, se pone lento
y el cansancio quiere detenernos, y la ansiedad aún nos pone
en contra, entonces, aún hay que buscar y luchar por la paz
que no aparece fácilmente; ¡y qué lucha nos espera!

Y no bien termina el día, el encanto del sol, la calma se va transformando en gris, en la oscuridad; aún, si no viene la luna ni las estrellas compañeras, la oscuridad se hace densa, hay que buscar el camino y cuidar cada paso; ¡y cómo cuesta encontrarlo!

Todavía, escucho los ruidos propios de la noche; entonces, me detengo, mi corazón lo siente y se asusta.

¿Quién quisiese caminar de noche oscura?; sin embargo, es necesario para volver al día, a un nuevo amanecer.

La noche es un tiempo apropiado para luchar por la paz; es porque el hombre pone más empeño, más esfuerzo y aún más fe; si necesita caminar, busca cómo hallar las fuerzas para seguir ese paso, mientras debe apoyarse y encontrar la fuerza interior en medio del mundo tan oscuro.

¿Dónde buscará la fuerza?; y la buscará por cualquier lado, hasta que encuentre la verdadera.

Si bien, la oscuridad está por fuera, a la vez, aún viene del interior del hombre.

Es que van como reflejándose las dos hermanas.

Pero también empieza a prender la luz en el corazón.

Entonces, viene la primera calma; ¿y qué es lo que pasa?

En la profundidad del corazón hay un nuevo amanecer, antes de que los ojos vean los primeros rayos del nuevo sol.

El Señor va viniendo casi de un modo extraño; no hay calma en la vida, hasta que Él no aparezca en lo más profundo del corazón; Él es el principio, desde Él se reconstruye la vida y la seguridad que buscamos por mucho tiempo.

Suele ocurrir que no sabemos lo que esperamos de veras; y al descubrirlo, nos sorprendemos una vez más.

En la profundidad de la paz está el Señor; Él es la paz.

Él está y la vida lleva paz, a pesar de estar envuelta en las guerras; si entramos en plena guerra, pero Él viene, estamos en un buen camino y el Señor sostiene nuestro paso.

b. AL ENTRAR CON LA PAZ

El Señor va entrando en la vida de los hermanos, con la paz que les llevamos; ella es como una puerta espaciosa, abierta, por donde el Señor transita.

Quien no recibe esa paz, es porque su corazón está cerrado; se puede golpear de afuera, e insistir, pero aún no hay modo para llegar, como el Señor quiere que lleguemos.

Luego de las guerras, comencé a percibir paz en mi corazón; y sentí al Señor que estaba más allá de las mismas.

Si las crisis me iban encerrando, a la vez, se iban cortando los caminos hacia mis hermanos; ahora, comienzo a ver que esos caminos se abren, tan sólo me queda esperar.

Se va abriendo el camino, por donde el Señor quiere llegar a los hermanos; ahora lo veo.

Busqué de tantas maneras para poder llegar a ellos, pero sólo fue un aprendizaje, una experiencia que me servía antes de que el Señor preparase mi corazón para llevar su paz.

Me siento como un niño con los brazos abiertos, espero a que le lleguen los regalos; y te espero, Señor, que me des tu paz; no la merezco, y si la espero, es porque trato de ver Quién podrías ser para mí.

Tu paz, Señor, es como la levadura que no bien entra en mi vida, se va expandiendo; vas entrando en mis guerras, son tantas; y cuando mi vida logre ser pacificada por ti, dará sus frutos, nuevas semillas; así, Señor, sembrarás tu paz en tantos corazones de mis hermanos.

El Padre quiso llegar a sus hijos; entonces, los envió a su Hijo con el mensaje de la paz, cuando aún ellos estaban enfrentados.

Los que reconocen a Jesús, reciben su paz; y luego se ponen en el camino a otros hermanos; y van caminando cada día, hasta que lleguen a todos.

Si no llega Jesús con la paz que Él trae, no se abre el camino del Señor ni llega la Buena Noticia que es Él.

Y debe llegar a los hermanos por más perdidos que fuesen. El tiempo ha sido largo, y los hermanos aún no se reconocen; entonces hay que esperar, pero antes, aún llevarles paz; en ese clima, los hermanos empiezan a reconciliarse después de muchos tiempos.

Va creciendo la hermandad en este mundo tan hostil. Llevará mucho tiempo, pero tiene un camino bien abierto; tan sólo hay que transitarlo, llevando la paz de Jesús.

¡Oh Señor, aún deseo llevar tu paz que llega a mi vida!
Que sea el signo de tu obra en mí; que tu Presencia inspire a mis hermanos en el camino; y que inicies tu obra aún más grande.

Lo que espero es tan grande; es tuyo, Señor.

8. "FELICES LOS QUE SON PERSEGUIDOS
POR CAUSA DEL BIEN, PORQUE DE ELLOS ES
EL REINO DE LOS CIELOS". Mt 5,10

a. LAS PALABRAS ETERNAS EN EL TIEMPO

Sigo reflexionando a la par de las bienaventuranzas.

Mi corazón recorre mi misión, como la de tantos hermanos;
¡adónde me llevan las reflexiones!

Sigo pensando en el camino del Señor, que está por abrirse,
pero ¿cómo, y cuándo?; pues si Él lo tiene trazado desde
hace mucho tiempo, hay circunstancias que indican un modo
preferencial en su obra; ¿y qué es lo que el Señor quiere
decirnos hoy, por medio de sus bienaventuranzas?

Si bien, las palabras del Señor son eternas, repercuten en el
tiempo, a la vez, crecen; si tienen fuerza por sí mismas, aún
se confirman, al enfrentarse con la vida de los hombres y del
mundo; los hombres pueden intentar apagar las palabras del
Señor, pero las mismas aún rebrotan sorprendiéndolos, pues
deben repercutir en la vida; es que no hay fuerza que pueda
vencerlas; son del Señor.

Estamos en el mundo que vive lejos de las bienaventuranzas;
es que ni siquiera intenta comprenderlas ni vivirlas con su
corazón; entonces las mismas pueden servir a los hombres,
para buscar la felicidad por otro camino, casi partiendo de las
bienaventuranzas, como de lo que no fuese real, mientras que
la felicidad esté en otras cosas; y las bienaventuranzas aún
expresarían lo que no es la felicidad para los hombres, en el
mundo.

No es fácil comprender las bienaventuranzas; están dichas en
un lenguaje que nos atrapa o las hace rechazar de antemano;
sin embargo, el hombre sigue volviendo a ellas; aún ése, que

no quiere saber de las bienaventuranzas, sigue volviendo, a veces, tan sólo para cuestionarlas; por alguna razón lo hace, porque no puede quedarse indiferente ante las palabras que están ungidas por el Señor.

La fuerza de las bienaventuranzas consiste en cierta sintonía con lo más profundo, lo que quiere resurgir en el corazón del hombre; es por eso que las mismas presienten un encuentro muy íntimo; de hecho, es encontrarse con lo que el corazón sigue soñando, a pesar de que su vida está confundida con las cosas del mundo; pues el hombre las escucha como una voz perdida, que jamás ha sido olvidada del todo.

Comparemos los tiempos: el tiempo de la construcción con el de la reconstrucción; si es que tienen cosas en común, son distintos por la forma de actuar; no es lo mismo construir un barco que arreglarlo en plena mar, porque las tareas tienen distintas circunstancias, distintos riesgos y tiempos. Jesús ya viene por la transformación, y sus bienaventuranzas están por reconstruir el mundo perdido; si esa tarea viene del Señor, lleva a la obra aún más grande; no es un arreglo cualquiera.

Y cuando las palabras del Señor llegan al corazón, inician su propio camino; es una siembra que toca hondamente. Como el Señor inicia una gran obra en nuestra vida, es difícil prevenir por dónde nos va a llevar; es lo puede ocurrir con las bienaventuranzas y, de hecho, ocurre; pero el Señor tiene su tiempo.

Si es que aún no ha llegado ese tiempo, seguramente llegará, cuando todo el mundo escuche las bienaventuranzas como el Señor quiere que las escuchen; y no estamos lejos de ese tiempo; mientras tanto, el Señor aún sigue sembrando en los corazones de los que van a llevar el mensaje hacia el mundo;

por hoy, escuchan a Jesús y las palabras aún van cayendo en sus corazones.

Entonces, ¿en qué tiempo vivimos?

¿Cómo presentimos la obra del Señor en el mundo?

¿Guardamos la noción de que Él obra permanentemente?

Mientras los proyectos del mundo parecen fuertes y seguros, el Señor obra en silencio, para lo que viene.

Porque debe llegar el tiempo del Señor.

b. LA PAZ Y EL AMOR INCONDICIONAL

La obra de Jesús se funda en la paz y en el amor, que vienen del Señor; son sus medios desde que Él entra en el mundo. No obstante, Él provoca guerras y enfrentamientos; la paz y el amor provocan aún más guerras en el mundo; nos cuesta comprenderlo, pero es así.

Se podría hablar de muchas maneras de la paz que viene; una vez llega como calma, al vencer las guerras, el dolor y las penas; se termina un tiempo doloroso y triste, mientras la paz viene como un alivio, un bálsamo que necesita el hombre para ese tiempo; sin embargo, aún no es esa paz que el hombre espera, porque en la profundidad de su corazón, hay mucha densidad que se despierta; y es como un campo de tensiones que sigue influyendo; de allí, se despiertan nuevas guerras, no bien encuentran algún tiempo oportuno.

En el caso de Jesús y de su obra, es llegar al corazón y tocar las guerras en sus raíces; por eso molestan tanto e inquietan hondamente; y es necesario que Jesús actúe así, si es que el hombre quiere lograr una verdadera paz, para reencontrarse consigo mismo; en realidad, es hallarse en el Señor, en lo más profundo de su corazón.

Los que llegaban a Jesús, si es que, en el principio, se sentían atrapados por su persona, por su modo de ver, de sentir, de vivir, pronto entraban en las guerras de su corazón y vivían mucha confusión.

Quien confiaba en Jesús, se quedaba con Él, otros se iban, se escandalizaban; el tiempo de confusiones era necesario para que se calmase el agua viva en el corazón del hombre.

Los que estamos con Jesús, hemos pasado por la guerra y la confusión, cuando renacía la nueva vida en nosotros; y aún seguimos enfrentándonos en medio de la transformación que es grande, sin embargo, poco comprensible para nosotros, si nos toca vivenciarla; y es la gran obra del Señor que resurge aún en medio de las confusiones del hombre y del mundo, y toda está tan dentro de nuestra vida.

¡Y cuánta confianza habrá que depositar en el Señor, si no queremos abandonar el camino ni a Jesús, ni su proyecto en nuestra vida!; mientras tanto, hay que pasar las noches y la oscuridad; es que la oscuridad nos encierra y la impaciencia nos quiere llevar a cualquier decisión; en esa lucha estamos por mucho tiempo.

Si queremos seguir el camino de Jesús, aún debemos saber que hay cosas que nos quedan por superar, a pesar de que nos lleven por el camino muy oscuro, pues Jesús nos lleva a la profundidad de nuestro ser, a lo más hondo de la oscuridad en nosotros; desde allí, comienza la verdadera vida que aún, debe cruzar las oscuridades; pero todo se hace comprensible luego de ese tiempo que hemos pasado, cuando las guerras se transformen en paz.

Lo único que nos sostiene es el amor incondicional de Jesús; pero hasta el amor no nos llega con claridad, si la oscuridad es grande y la tristeza muy densa, sin embargo, el amor que nos une a Él, es para poder atravesar la oscuridad en medio

de las guerras; por alguna razón debe ser así; luego veremos un poco mejor lo que hemos vivido, lo que fue doloroso para nosotros, pues todo recupera su sentido.

Al superar nuestra guerra en medio del corazón, logramos entender las guerras que viven los hermanos y aún sabemos aceptarlas; pero, ¡cuánta seguridad necesita nuestro corazón, que renace en el Señor, para poder aceptar lo que viven los hermanos!

Y aún, como muchos no comprenden el camino de la gracia, entonces el mundo y los hombres se ponen en contra de la obra del Señor; sin embargo, es el camino que nos lleva de la muerte a la vida, ya en esta vida y en este mundo.

Los que han pasado por ese camino, lucharán por la obra de Jesús, con mucha fuerza que viene del Señor; y no es que no vivan más enfrentamientos, pero encontrarán su misión en el mundo; y será el Proyecto de Jesús tan presente en sus vidas.

Introducción:	3
1. Felices los que tienen espíritu de pobre, porque de ellos es el Reino de los Cielos.	7
a. mi pobreza	7
b. a construir lo nuevo	9
2. Felices los que lloran, porque recibirán consuelo.	13
a. con los que lloran	13
b. la siembra en medio de tempestades	14
3. Felices los pacientes, porque recibirán la tierra en herencia.	17
a. el alcance del Proyecto	17
b. la tierra en herencia	19
4. Felices los que tienen hambre y sed de Justicia, porque serán saciados.	23
a. la sed que tengo	23
b. mis injusticias	25
5. Felices los compasivos, porque obtendrán misericordia.	29
a. ten piedad de mí	29
b. en el camino de compasión	31
6. Felices los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios.	35
a. al presentir el Proyecto de Jesús	35
b. al ver el propio corazón	37
7. Felices los que trabajan por la paz, porque serán reconocidos como hijos de Dios.	41
a. desde la primera calma	41
b. al entrar con la paz	43
8. Felices los que son perseguidos por causa del bien, porque de ellos es el Reino de los Cielos.	45
a. las Palabras eternas en el tiempo	45
b. la paz y el amor incondicional	47

